

# MANUEL SCORZA DEBORAH

Fragmento

1

Bien sé que con tu ojo único —con tu ojo de monstruo acostumbrado al espanto— invisible y alta, lúbrica y negra, me miras, ferozmente, Déborah.

Esta es la hora en que en el pavor de tus antros te vistes de novia y subes jadeando a tu torre enana.

Esta es la hora en que, al fondo de los mares, los magos soñolientos entreabren sus conchas y las fatídicas vírgenes hierven en sus ollas mi pasado.

¡ Mi pasado!

En ciudades desaparecidas, en desencajados templos, pulso el pestilente laúd cuya música sólo soportan los inmortales: desde las ventanas he visto cojear a los otoños, he visto —con tristeza— a los vientos arrastrar ballenas.





Yo recuerdo el deslumbrante plumaje de los canallas,  
yo celebro tu infatigable cola, yo lloro porque antaño, a  
esta hora, te posabas en mi hombro, papagayo tenebroso.

Yo sé bien —bien lo sé, amor mío— que ahora mismo  
te sientas en la profundidad de tu trono y me descubres,  
bajo el furioso mar, profundamente dormido.

## 2

Cuando paso bajo tus balcones, cuando atravieso los  
patios, jadeante bajo el peso precioso de mi caparazón,  
tú miras la nieve de remotos países.

Yo cruzo humildemente el jardín, tú no descienes a  
mirarme: absorta estás ante el rosal de curvado pico.

Tal vez es el crepúsculo: flamea tu rostro extrañamen-  
te.

Voy hacia ti: cruzo polvorientos salones, recorro sumer-  
gidos palacios, hasta que miro parpadear tus ojos palúdi-  
cos.

Entonces chillas, saltas de rama en rama y graznas  
como si tuvieras la pata quebrada.

## 3

Todavía era la noche cuando el hastío apareció en lo  
alto de tu torre lívida.

Tú bajaste los ojos.

Peces horrendos surcaron el aire perlados de ira.

Comprendí que ya nunca volverían los días dichosos,  
las inolvidables tardes idiotas, las felices noches cretinas.

Entreabrí las lujosas cortinas del invierno arruinado.

Bajo la luna, jadeantes caimanes de seda nos seguían.

Tigres ancianos se asomaban a las ventanas para mirarte,  
por última vez, con ojos furibundos.

Atravesé la ciudad dormida: roncaban todavía las torres  
obesas, ahítas de crepúsculo.

Al alba, prodigiosamente cansado, me detuve entre las  
actinias; desde entonces duermo; es raro que lleguen  
hasta aquí los peces, muy raro que los pacíficos radiolarios  
disputen por los ojos de las púdicas holoturias.



## 4

Ya no son verdes las plumas de los dinosaurios, ni las hienas se cubren de frutos cuando llega la primavera amable; ya el pulpo no sacude su pico en los castillos del estío.

Rodeado de estúpidas islas recorro envidioso los patios del mar. El gran pez de la angustia quiebra con sus coletazos la cristalería del arco iris.

No soy hermoso como la araña, ni ágil como el saltamontes: me escondo entre hierbas y debo esperar que chille el mochuelo para emerger entre las grietas.

Muchas veces gira la odiosa luna antes que te contemplan mis ojos húmedos.

Pero esta noche has venido envuelta en una belleza que no es de este mundo y me has mirado tristemente.

¡Has acariciado mi lomo tembloroso y se te han llenado los ojos de carnívoras aguas!

## 5

He estado sumergido largos inviernos, he dormido ferozmente bajo los atrios, delante de mi faz los mendigos celebraron sus misas.

El viento derriba invisibles torreones, el invierno hojea su viejo libro y yo recuerdo a Déborah.